



CICLO: "LOS CARACTERES PSICOLÓGICOS EN EL CINE MEXICANO"

LA GUERRA SANTA

Dr. Javier Arteaga.

Habrà que encuadrar los planteamientos de la película, desde cuando menos dos facetas: 1) El sentimiento religioso del pueblo, que hace posible que el clero pueda valerse de él; y 2) Aspectos particulares de los personajes más significativos que dan cuerpo a la trama.

El punto 1, dá lugar a un encuadre sociopsicológico, por lo que en este caso utilizaré el marco de referencia psicoanalítico para proporcionar elementos sobre la función que desempeña el sentimiento religioso en una sociedad y, el porqué todo un pueblo adopta una actitud de sumisa veneración ante dios y sus representantes.

El punto 2 es desde luego el más obvio, y en atención al tiempo de que dispongamos, formularé sugerencias que podrán ser ampliadas durante el debate.

1) ¿Cuál es la función sociopsicológica de la religión?

Como lo explica E. Fromm en su libro "Psicoanálisis y Religión", la sociedad cumple una función frustrante y otra gratificante en el equilibrio psíquico del individuo, ya que por una parte es la represora de las tendencias instintivas que



152

podrían resultar peligrosas para su conglomerado y por otra parte, facilita la satisfacción de sus necesidades elementales en relación a la conservación de sí mismo.

Para esto, ha de dictar prohibiciones y renunciamentos que van siendo adoptados como naturales por una conciencia colectiva, y que en realidad protegen los intereses del grupo o en ocasiones, sólo los de una clase dominante.

En tanto que las fuerzas productivas de la economía no satisfagan las necesidades materiales y culturales de todos, la clase social más poderosa procurará primero la satisfacción de sus propias necesidades y posteriormente permitirá cierto grado de satisfacción a las clases que domina, en relación a las posibilidades económicas disponibles, con el objeto de que sigan contribuyendo al sostén de la sociedad.

El uso de la fuerza física no es la condición indispensable para que una sociedad conserve su cohesión, es más importante crear una situación psíquica que arraigue al hombre a un marco de necesidades internas.

Las clases elitistas que detentan el poder, ameritan de medidas muy complejas para reforzar y perpetuar la dependencia psíquica de las masas. Para Freud, la principal de estas medidas, es imponer en el inconsciente del individuo oprimido, una figura paterna que funcione como protectora y necesaria.

El medio por excelencia para alcanzar este resultado es la religión, que asume la tarea de impedir cualquier independencia psíquica por parte del pueblo, de intimidario intelectualmente



para que mantenga ante una autoridad constituida, la docilidad socialmente necesaria.

Pero la religión es también la instancia capaz de ofrecer ciertos satisfactores mínimamente indispensables a las masas, como para hacerles la vida suficientemente tolerable. En este sentido, desempeña una función reguladora de gran importancia.

¿Qué clase de satisfacciones ofrece? No parecen dirigidas a los instintos de autoconservación del sujeto, ni mucho menos a su comodidad o confort material; en cambio tiene la virtud de hacer que las masas se resignen más sencillamente a la multitud de frustraciones que propicia la realidad. En esta forma se evita que intenten pasar de la actitud de hijo obediente a la de hijo rebelde.

Para Freud, la religión tiene su origen en la impotencia del hombre para enfrentarse con las fuerzas externas de la naturaleza y las fuerzas internas de los instintos; surge entonces una etapa primitiva del desarrollo humano, cuando la razón no basta para enfrentar y resolver estas amenazas. Un recurso natural de la mente primitiva, es reprimir lo instintivo y tratar la violencia exterior de la naturaleza, a base de instancias también exteriores, a las que se le atribuyen fuerzas poderosas: los dioses.

El desencadenamiento de fuerzas peligrosas, no comprendidas e incontrolables dentro y fuera de sí, pone al hombre en una condición que semeja una experiencia infantil, como cuando en su desvalidez e impotencia de niño, necesitó la protección de un



154

padre a quien consideró de fuerza y sabiduría superiores y cuyo amor podía conquistar sometiéndose a él y obedeciéndole.

Así, de acuerdo con Freud, el apego a la religión es la repetición de la experiencia del niño que hace frente a las experiencias desconocidas y amenazantes valiéndose, ante su inseguridad, del apoyo de un padre a quien a la vez teme y admira.

Si aplicamos lo anterior a las situaciones de la gente que nos plantea la película, no nos es difícil advertir que las "masas campesinas" responden claramente a este patrón de adopción religiosa. Son inducidas e incitadas a la veneración de un dios paternal al cual tienen que someterse incondicionalmente y luchar para que no les vaya a ser arrebatado.

¿Qué constituye la fuerza interior de las doctrinas religiosas y por qué son tan efectivas, al margen de su aprobación racional?

Freud da así respuesta a esta pregunta en su obra "El porvenir de una ilusión":

"Estas (ideas religiosas), que se ofrecen como enseñanzas, no son sedimentos de la experiencia o resultados finales del pensamiento: son ilusiones, la satisfacción de los más antiguos, extraños y urgentes deseos de la humanidad. El secreto de su fuerza radica en la fuerza de estos deseos. Tal como ya sabemos, la aterradora impresión del desamparo sentida en la infancia despertó la necesidad de protección-protección por medio del amor- que fue provista por el padre, y saber que este desamparo duraría toda la vida hizo necesario aferrarse a la existencia de un padre, pero esta vez, un padre más poderoso. De allí que la benévola regla de la divina Providencia, alivie nuestro temor ante los peligros de la vida; el establecimiento de un orden moral en el mundo asegura el cumplimiento de las demandas de justicia, que tan a menudo han



quedado insatisfechas en la civilización humana; y la prolongación de la vida terrenal en una existencia futura provee el marco local y temporal en el cual tendrá lugar la satisfacción de estos deseos. Las respuestas para los enigmas que tientan la curiosidad del hombre, como por ejemplo la forma como comenzó el universo o la relación que existe entre cuerpo y alma, se desarrollan de conformidad con los supuestos que dan base a este sistema. Es un alivio enorme para la psique del individuo si los conflictos de su infancia que tienen origen en el padre son eliminados y llevados a una solución universalmente aceptada".

Recapitulando: El hombre por un principio natural, se empeña en alcanzar el máximo placer, pero su grupo social le impone una realidad muy limitante a sus impulsos instintivos. Al mismo tiempo la sociedad procura resarcirlo de estos renunciamientos mediante algunas satisfacciones inofensivas para la sociedad o cuando menos para las clases dominantes.

Estas satisfacciones son tales que en esencia pueden ser realizadas en fantasías, especialmente en fantasías colectivas. En la medida en que la sociedad no permite satisfacciones verdaderas, las satisfacciones fantaseadas sirven como sustituto y se convierten en un poderoso soporte de la estabilidad social.

Las satisfacciones fantaseadas en común tienen una ventaja esencial sobre los ensueños individuales: en virtud de su universalidad, las fantasías son percibidas por la mente consciente como si fueran reales. Una ilusión de la que participan todos, se convierte en realidad. La más antigua de estas satisfacciones fantaseadas colectivamente es la religión.

En síntesis, la religión desempeña una función triple: para toda la humanidad, consuelo por las privaciones que impone la vida y alternativas al problema de la muerte: para la gran



156

mayoría de los hombres, estímulo para aceptar emocionalmente su situación de clase; y para la minoría dominante, alivio para los sentimientos de culpa causados por el sufrimiento de aquellos a quienes oprime.

Ahora bien, como Fromm señala, que si bien existen muchísimas religiones, solemos asociar el concepto con un sistema constituido en torno de un Dios y las fuerzas sobrenaturales; es decir: tendemos a considerar la religión monoteísta como un punto de referencia para el entendimiento y valoración de todas las otras religiones. El apunta que entiende por religión:

"Cualquier sistema de pensamiento y acción compartido por un grupo, que dé al individuo una orientación y un objeto de devoción".

Y establece una diferenciación esencial entre dos grandes grupos de orientación religiosa: las teístas y las que no lo son, es decir: las religiones autoritarias y las humanistas.

Para el caso que nos ocupa, ahondaremos un poco en la índole de la religión autoritaria. Si buscamos una definición de religión, el diccionario de la Real Academia Española nos proporciona la siguiente:

"Conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto".

Aquí se destaca que el hombre está supeditado a un poder superior, fuera de él, y a este poder, por causa del dominio que ejerce, se le debe obediencia, reverencia y veneración.



Los elementos esenciales de la religión autoritaria y la experiencia religiosa autoritaria, son la entrega a un poder que trasciende al hombre. La principal virtud de este tipo de religión es la obediencia, y su pecado capital la desobediencia. Así como la deidad se concibe como omnipotente y omnisciente el hombre se concibe como impotente e insignificante. Sólo puede ganar la ayuda o la gracia de la deidad mediante la entrega completa, y sentirse fuerte en esa entrega. La sumisión a una autoridad poderosa es uno de los caminos por los cuales el hombre escapa a sus sentimientos de soledad y a sus limitaciones. En el acto de la entrega, pierde su independencia e integridad, como individuo, pero gana la sensación de verse protegido por un poder inspirador de miedo del cual, por así decirlo, llega a formar parte.

2) - El sacerdote combatiente: Se ve inmerso debido a sus circunstancias, en el antagonismo Iglesia-Gobierno. No predica desde el púlpito sino que hace suya una lucha ancestral y para involucrar en ella a sus feligreses, aprovecha la dependencia de la gente y su necesidad de permanecer apegada a sus marcos de devoción y prácticas religiosas.

Pone a favor de los fines de su causa, interpretaciones arregladas casi en cualquier sentido acerca de los preceptos religiosos tradicionales, por ejemplo: incita a los alzados a matar exonerándolos de toda culpa, enaltece las ejecuciones de la guerra presentando la cruz de Cristo al lado de los colgados,

158

bedice los fusiles como preseas dignas de veneración, le otorga más importancia a los objetos rituales de la liturgia que a las vidas humanas (hay una escena en la que exclama iracundo refiriéndose a la gente del pueblo: "debieron haber dado sus vidas antes que permitir esta profanación"), etc.

Se abroga claramente el derecho y la responsabilidad de PADRE de sus huestes y exige de ellos una sumisión incuestionable; los quiere de hijos obedientes sin reparo e inclusive decide qué actos merecen calificación de pecado y cuáles no, con lo que está ratificando su representación de una divinidad arbitraria.

Sabe que sus actos lo llevarán inevitablemente al martirio, pero esto sólo lo exalta y lo lleva a acometer empresas que sólo van preparando su inmolación.

Es un hombre fanático entregado a un ideal, mismo que vive apasionadamente hasta el sacrificio; que actúa bajo los impulsos de una inspiración arrebatada y que se siente predestinado a defender el arraigo religioso de su pueblo a cualquier precio. Es, independientemente de como puedan juzgarse moralmente sus actos, un hombre comprometido con sus convicciones. Realiza a través de ellas, un anhelo de paternidad, que su condición de clérigo no le permite más que simbólicamente. Logra ser un padre conductor y venerado que a pesar de su severidad se hace amar en la dureza y el autoritarismo. Patéticamente se apodera del espíritu y le hereda su disposición de sacrificio a quien funge como su hijo simbólico.



- El General Cristero: Representante de la casta social de acceso a la cultura media, sus actitudes lo revelan como un hombre sensible a la influencia religiosa, pero tal vez mucho más como alguien muy solitario y necesitado del amor y la aceptación de un padre.

La alianza afectiva que logra establecer con este padre, es el motor interno de todas sus decididas y exitosas acciones guerrilleras. Podríamos intuir, que no es la figura en abstracto de Cristo Rey sino la presencia tangible de un hombre que cristaliza muchos de sus anhelos y, logra mitigar algunas de sus necesidades más profundas, la que lo induce a un combate del que en ningún momento analiza las causas ni las consecuencias. Lucha a ciegas, fanáticamente, con todo; es decir, con la misma entrega apasionada con la que un hijo podría acometer la empresa a la que su padre lo hubiera destinado, sin siquiera tener de ello una advertencia consciente.

Es indudablemente fuerte, vertical y carismático, de inteligencia clara y bien dotado de recursos naturales. Su presencia deslumbra, arrastra y atemoriza a quienes por sentirse más débiles y necesitados de un líder, se asimilan y preservan a su mando y protección.

Se plasma por completo en un papel mesiánico de reivindicador de su dios, y al igual que su padre simbólico, también representa a dios a su manera, como en la escena en la que manda a repicar las campanas para que la gente sepa que dios está otra vez en el pueblo. Esta acción denota que concibe a dios

160

como un ente, que a pesar de su omnipotencia, puede ser echado y restituido por los hombres de sus múltiples sedes. Un padre que necesita de sus hijos.

Exige de sus afiliados, un sometimiento absoluto, exigencia acentuada siempre en todo régimen castrense, y exhibe toda la conducta y los sentimientos del guerrillero endurecido; no espera ni da cuartel ante el enemigo, no tiene un asomo de piedad y cobra venganzas en nombre de dios, independientemente de los principios de la caridad cristiana.

Sin embargo, el mismo que autoriza torturas, violaciones tumultuarias, sepultamientos en vida y actos predadores de toda índole, se arrodilla humildemente y acepta la voz decisiva de otro ser humano al que él concede, no obstante, carácter divino. Su devoto amor queda revelado en el acto de guardar un residuo de la sangre del mártir y darle carácter de reliquia. Toma en esta acción, la estafeta del hijo que llevará la causa de su padre hasta sus últimos fines.

No es difícil adivinar en la flagelación que hace en sus espaldas, el antiguo recurso de los místicos para doblegar la insistencia de sus apetitos carnales. La penitencia lo aproxima espiritualmente a su padre simbólico, y ese espectacular procedimiento es una forma de emular y venerar su figura tan significativa.

Desaparecida la presencia concreta de su padre espiritual, el objetivo de su lucha se va volviendo cada vez más remoto y abstracto. Empieza hasta entonces a vislumbrar las mezquinas.



motivaciones humanas que mueven a la Iglesia y al Gobierno en su denodada lucha y su desilusión es irreparable al perder con su padre, el sentido profundo de su búsqueda. (Una cosa es luchar por dios padre y otra muy distinta pelear por su Iglesia). Perdido su objeto de devoción y de amor, su existencia también pierde sentido y opta por una forma de suicidio que cubre las apariencias de lo que a ojos externos, fue el motivo de su guerra: Cristo Rey.

- El maestro rural: Representa la conciencia crítica capaz de cuestionar los dogmas nunca cuestionados. Es la voz que mueve a la reflexión sobre los ideales por lo que se lucha. Evidentemente, Celso no fue a la guerra por convicción, sino presionado por las actitudes de sus coterráneos y sobre todo, abrumado por el peso de una ideología que escapaba a su razón. Sin embargo, nutría su energía para guerrear en sus creencias a las que se aferraba más ya estando en la lucha porque eran su único sostén. El maestro le mueve por completo su estructura con una conducta congruente a sus propias convicciones. Cuando Celso pregunta: ¿qué no tienes miedo de irte al infierno por no arrepentirte de tus pecados?, el maestro contesta que nada puede temer después de la muerte puesto que él no cree en el infierno. A su vez cuestiona a Celso: ¿Y qué tal si luego que te mueras no hay nada de lo que te han prometido para la otra vida; ni cielo, ni dios, ni nada? -"Entonces estaríamos aquí sufriendo como idiotas para nada"- ¿Y qué tal si mucho menos hay infierno para



162

castigarte si no defiendes a ese dios que tal vez tampoco existe?
- "Ni lo digas", no le es posible aceptar eso-.

Claro está que si desaparecen los castigos y las ilusiones prometidas para la otra vida, que animan al sufrimiento y la abnegación, de inmediato pierde sentido la vida en estas condiciones para un hombre como Celso.

El maestro, en cierta forma, representa una instancia que cuestiona, pero no con hipótesis de tibieza o blandura que a nadie convencen, sino con una actitud avalada por la propia conducta con la que se muestra congruente hasta el último momento. Ni suplica para él ni para su hija, y tiene el atrevimiento de advertir a quienes lo ejecutan, que si su Iglesia va a triunfar, más valía que mataran a los niños.

- El campesino arrastrado a la lucha: Celso es representante del indio de alma noble y auténticamente limpia. Sin adornos ideológicos le tiene apego a la vida y no se explica porqué Dios, siendo tan poderoso permite tantas atrocidades como la que le está pasando a él cuando tratan de comprometerlo a la lucha.

La prédica del sacerdote parroquial, denota la brecha abierta por la colonización de los españoles en los indios. En ellos es obvia la necesidad de abrazar un sentimiento religioso. Su desamparo y la proverbial pobreza a la que han sido sometidos, es distraída por promesas de infinita dicha en la otra vida, y casi no hay indio que se atreva a dudar de las enseñanzas y las amenazas del cura extranjero.

En el estrato popular, puede constatarse con más claridad la adopción de las normas religiosas por la vía del temor y de las esperanzas; tan negados le han sido los beneficios de la cultura.

La guerra viene a irrumpir fatalmente en la armonía del hogar de Celso, quien en la sencillez de su entendimiento, no concibe al dios que le exige irse a matar con otros congéneres de su patria, tal vez tan sencillos y apegados a la vida como él.

No es fácil convencerlo de tanta torpeza, pero lleva en su interior la levadura del pueblo ancestralmente manipulado, sometido y conquistado ideológicamente por su susceptibilidad religiosa.

Ante frases como: "¡Dios tiene que dártelo todo verdad, ¿y tú qué le das?!", se imponen siglos de dominación ideológica como para que pueda descubrir la falacia de tal afirmación.

No conoce los verdaderos móviles de la guerra, pero ni falta hace cuando va a ser utilizado como carne de cañón. Para ello bastará convencerlo de que le quieren quitar a su dios. Esto ya es algo mucho más urgente y por lo que no podrá negarse a pelear.

La película nos presenta en forma conmovedora, el proceso de endurecimiento de los sentimientos de un campesino tierno y sencillo. De todos los personajes, Celso es quien está más cerca de la naturaleza y de la naturalidad, pero en aras de la defensa de un dios al parecer rudo y exigente, tiene que perder su candor y adoptar una rudeza que dobliga su original modo de ser (apacible y bondadoso).



164

Finalmente, junto con otros tan manipulados y utilizados como él, son victimados sin la menor consideración; una vez que han servido a la causa ajena de una Iglesia amenazada en sus fueros, son sacrificados por la misma voz que en otro tiempo los mandó al combate. La escena final parece dedicada a insinuarnos el fatal destino que ha jugado el pueblo en las contiendas ideológicas de facciones ajenas, lo mismo que el papel desesperado y oportunista en el que se movió la Iglesia valiéndose del pueblo en esta prolongada lucha que conocemos como La Guerra de los Cristeros.